Letras de Molde

ANO I.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid: Trimestre: 1,25 pesetas. Año, 4,50 id.—Provincias y Portugal: Trimestre, 1,50 pesetas. Año, 5,50 id.—Extranjero: Semestre, 5 francos. Año, 10 id.

MADRID

Lunes 12 de Febrero de 1900.

Redacción y Administración: Espíritu Santo, 18.
TELÉFONO, 558.
Número suelo, 10 céntimos.

NÚM. 5

COLABORADORES

Emilia Pardo Bazán, Blanca de los Ríos, Francisco A. de Icaza, Leopoldo Alas (Clarín), Santiago Alba, Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, (El Diabolo Cojuelo), Vital Aza, Víctor Balaguer, Jacinto Benavente, Eusebio Blasco, Vicente Blasco Ibáñez, Javier de Burgos, José Canalejas, Antonio Casero, Juan Antonio Cavestany, Mariano de Cavia, Sinesio Delgado, Joaquín Dicenta, José Echegaray, Emilio Fernández Veaque, Emilia Ferrari, José Francisco Rodríguez, Luis Gabaldón, Eloy García de Quevedo, Constantino Gil, Ricardo Gil, José Gutiérrez Abascal (Kasaba), Vicente Lampérez, Alejandro Larrubiera, José de Lauzi, Luis López Ballesteros, José López Silva, Tomás Luceño, Manuel Manrique de Lara, Vicente Medina, Miguel Moya, Federico Oliver, José Ortega y Gasset, Manuel del Palacio, Ceferino Palencia, Antonio Palomero, José María de Pereda, Felipe Pérez y González, Jacinto O. Picón, José Ponsá, Miguel Ramos Carrión, Arturo Reyes, José Rodríguez Mourelo, Santiago Rusiñol, Pedro Sabau, Alejandro Saint-Aubin, Rafael Salillas, Antonio Sánchez Pérez, Manuel de Sandoval, Francisco Seco de Lucena, Eugenio Sellés, Fernando Soldevilla, Rodrigo Soriano, Luis Taboada, Luis Terán, Doctor Thebusen, Manuel Tolosa Latour (Doctor Fausto), Mariano del Val, Juan Valera, Enrique y Ricardo de la Vega, José Verdes Montenegro.

POR TIERRAS DE LEVANTE

III

En Murcia.—Una cautiva.

Mi estancia en Murcia fué breve. Día y medio pasé allí, sin más objeto que pasearme por la Huerta y ver las famosas esculturas de Salcillo. Contra el dictamen de muchos y muy respetables críticos, me gustan los santos de palo. Genuinamente española, esa forma del arte reviste un encanto peculiar. Más clásica, más pura, es la estatuaría griega, en mármol; ya lo sabemos; pero esas imágenes de talla, espartanas, humanas, con su colorido realista y su expresión dramática ó ómica, tan llena de verdad, impresionan de otro modo. Cuanto se hable de barroquismo, de mal gusto, de defectos de modelado, acerca de estos santos de palo de nuestras iglesias, cierto podrá ser, en muchos casos: no lo niego. *Hacer santos* se convirtió en industria; era preciso atender á los pedidos de tanta iglesia y tanto convento y capilla y oratorio particular; suministrar vírgenes y mártires, pagar el tributo de las cien doncellas y la leva de soldados de la fe, y se fabricaron efigies de madera por receta y molde,—como hoy se fabrican las de cartón piedra y pasta, de un bizantinismo de similar, con sus clavos de vidrio imitando cabujones de esmeraldas y rubíes,—así la idea general del *santo de palo* quedó asociada á la de una especie de fetiche monstruoso, hasta el extremo de que un amigo mío explicaba el que en cierta aldea de Galicia nacían feísimos los niños por la presencia, en el retablo de la iglesia parroquial, de dos efigies horrendas—un San Pedro y una Santa Marta—cuyo aspecto influía en las embarazadas.

¡Necesitaré explicar que no son estas imágenes opuestas al mejoramiento de la raza, las que recuerdo cuando elogio los santos de palo? Hay por momentos, en la escultura española y en el arte todo, influencias extranjeras modificadoras. Nuestra dirección propia es violenta y cruda, y además tosca; adolece de aquella falta de idealidad que ya advirtió Leighton: por eso hemos necesitado, y necesitamos, aire exterior que respirar. Somos una casta que con el cruzamiento se perfecciona de un modo increíble; sobre todo, se afina. ¡Qué beneficios no debemos, verbigracia, á la corriente italiana del Greco? En los santos de palo encontramos, primero, en el período gótico, la influencia alemana; después, en el Renacimiento, las influencias italianas; y, en el fondo, el sentido nacional, la nota intensa, trágica, ruda—la verdad,—que rompe los moldes estrechos y elegantes del arte. En nadie se verificó esta conjunción de elementos como en Salcillo.

Antes de ir á Murcia, donde se conservan tantas obras del insigne escultor, yo creía que Salcillo era en efecto un realista romántico, cultivador de la fealdad expresiva. En Murcia me he desengañado. Salcillo es, como otros maestros españoles, como Gregorio Hernández, un realista bañado en classicismo, y sus efigies, aunque inspiradas en el natural, respiran nobleza.

No piense nadie que es empresa fácil, en la propia Murcia, la de admirar las obras de Salcillo. En España nunca está el arte á mano, sino recatado, defendido y celado como si al comunicarse se amenguase. Si á veces se encuentran por los suelos, en las sacristías y los desvanes de las iglesias, prendas de verdadero valor, otras es preciso sostener un asedio para ver cosas que no siempre tienen importancia. Lo raro es que los objetos de arte aparezcan bien custodiados y cuidados, pero accesibles al público, al viajero especialmente.

No encontré en Murcia á mi amiga y compañera de peregrinación la marquesa de Salinas, que hace ya años, entre los esplendores artísticos de Roma, me invitó á visitar á Salcillo en Murcia, y supongo que me hubiese guiado en mi exploración. Hallándose esta señora en el campo, para huir del calor, y quizás de los mosquitos, que en Murcia son tercos, pregunté en la fonda y me dirigieron al Museo provincial, donde, en efecto, no existe una sola

escultura que, á mi ver, pueda llamarse de Salcillo, porque no le honraría la paternidad de las dos figuritas exageradas y defectuosas que como de Salcillo se enseñan allí. Perdida más de una hora en el Museo, logré por fin saber que la mayor parte de los trabajos de Salcillo están en la iglesia llamada de Jesús Nazareno—y allá me dirigí en coche, á ganar tiempo y ver los santos antes de que cayese la tarde.—No había contado con la huésped, ó sea con las dificultades á que antes me refería. Para contemplar las obras de Salcillo hay que sacar permiso en casa de un título, el Hermano Mayor de la Cofradía á que pertenecen. Lleno esta fórmula, y el portero de la casa, sin enterarse de mi nombre, sin mirarme, me entrega una papeleta de autorización. Y digo: si al fin se autoriza, sin examen, á todo el que se presenta, ¿no sería más sencillo y menos molesto que en la propia iglesia autorizasen?

Poseedora ya del documento, vuelvo á la iglesia de Jesús, y lo primero que me enseñan es un Nazareno que me hace exclamar:

—¡Esto no puede ser de Salcillo!

—No señora—contesta la murciana pálida que enseña la iglesia,—no es de Salcillo; pero... ¡es de mucha devoción!

Pagada la deuda devota al Nazareno, me apresuro á aprovechar la escasa luz del día que resta para ver, por fin, á Salcillo. El *Prendimiento* es lo que desde luego atrae mis miradas. No concebí cosa más bella que aquel Jesús, que presenta la mejilla al beso de Judas. Los grabados y las fotografías apenas consiguen dar idea de esta efigie. El dolor; la resignación; el *desdén* y la *piadosa* juntos; la repulsa que la traición infunde y la amargura que la decepción engendra; las dos naturalezas de Cristo, la humana que protesta y sufre, la divina que desde lo alto perdona, jamás las habrá sorprendido el arte con mejor acierto que en la cabeza morena, de delicadas facciones, de modelado viril, que respira, lora y padece, del *Jesús* de Salcillo. Hay quien prefiere otra maravillosa escultura que veo después: otro Jesús, el de la *Oración en el Huerto*; á mí el del *Prendimiento* me impresionó más. De los dos momentos supremos del drama moral—el de aceptar el cáliz y el de comprobar la ingratitud del discípulo y amigo,—el artista ha sentido todavía mejor el segundo. Lo más conmovedor de la Pasión es el Huerto. Desde el Huerto, el drama es ya de sangre y de crueldad material, con azotes, sogas, cruz, lanzadas; en el Huerto el alma sola es la que sufre, y de sus ansias brota el sudor de agonía... Salcillo ha comprendido la sublimidad del Huerto, ese Olimpo del alma cristiana, iniciada en los misterios dolorosos, y el Huerto le inspiró los mejores, sin duda alguna, de sus *Pasos*: el *Prendimiento* y la *Oración*.

En los Pasos que ya representan episodios de la Pasión propiamente dicha, se observa que han bajado los discípulos de Salcillo. Ciertos sayones no revelan la mano del maestro. En la *Cena*, en cambio, el conjunto de las figuras es de una expresión y una valentía extraordinarias. Y la composición, tan hábil—como nota que es siempre en los grupos de Salcillo que en este viaje se me revela consumado artista, reflexivo y dueño de los secretos, y no el realista fiel hasta el servilismo que muchos le creen; que yo misma le creí, juzgándole por su leyenda.—Los ángeles de Salcillo, los mancebos, el San Juan, más recuerdan la nobleza de algunas estatuas paganas, la flor de la vida y de la beldad andrógina en la adolescencia, que las realidades semi-árabes del tipo huertano—el mocito de rojiza encarnadura, ojos de fuego y brazos recocidos al sol que acabo de ver al pie de una palmera.—Formas armoniosas, líneas puras, sin llegar á la finura ideal de lo gótico, ni caer en lo gordiflón del barroquismo, son las de los preciosos ángeles del escultor murciano.

Están los Pasos distribuidos por la iglesia, en capillas diferentes, y para mirarlos es preciso trepar por escaleras de madera y tablados de acceso dificultoso. Y menos mal, cuando después de encaramarse, se ven libremente las esculturas. Lo peor es que algunas están encerradas, no ya en hornacinas ni camarinas, sino en armarios, cuyos vidrios y barrotes estorban casi del todo la vista. Y la más encerrada, cautiva, oculta de todas las efigies, es la que la voz pública declara más bella: la Virgen Madre.

No pude sino admirarla. Apenas la divisé. Fué como si por un mirador morisco se entrase apareciese una cara descolorida, de soberana hermosura, húmeda de llanto, desencajada de angustia, helada de horror. *Stabat Mater*... Pero ¡si no se la veía! Y el cautiverio de la Señora ¡me sugirió tantas cosas! A la salida, en una especie de ante-sacristía, me presentaron un album, en el cual—lo de costumbre—me rogaban que estampase «un pensamiento». Y sin que ahora recuerde las palabras, sé que escribí algo semejante á lo siguiente:

«Esta raza semítica, celosa, no puede ya emparejar á la mujer; pero todavía esconde y encierra bajo llave á la Virgen Santísima.»

Y respiraba por mi pluma, al rasguear esta *boutade*, el descontento deirme sin detallar las perfecciones de la mejor obra de Salcillo...

EMILIA PARDO BAZÁN

EN EL PERCHEL

Una hora más tarde no había donde echar un alfiler en la habitación descrita. Numerosos amigos de Paco, casi todos ellos ternes y buenos mozos, y muchas amigas de Petra, bonitas casi todas y todas hembras de empuje, habían llegado á felicitar al primero en el día de su santo y á dar fin á la imponente batería de botellas y de azafates de dulces colocados sobre la cómoda y la mesa consola.

Pronto empezaron á desempeñar su cometido los sacatapones, y transcurrido un rato, cuando ya el chiste brotaba en todos los labios, en ropas menores, y el requiebro era casi un atentado al pudor, y

las miradas de los hombres adormecíanse en las enloquecedoras morbideces de las hembras de más *tronío*, apareció en la puerta de la estancia el famoso D. Currito.

No contaría éste por aquel entonces más de treinta y cinco años, y era de regular estatura, de apuesto talle, morena tez, ojos grandes de acerado mirar, acaballada nariz, etíopea dentadura, fino y rizoso bigote y pelo lacio, brillante y negrísimo. Vestía el recién llegado con agitado gusto, y eran amplios el pantalón y la cazadora de alpaca negra; negro también el ceñidor de seda que le aprisionaba la esbelta cintura; de blanca lona y fino cuero el primo calzado; de seda cruda el camisón, de raso la suelta chalina y gris el flexible sombrero, que se había quitado cortesmente al asomar en la sala.

—Señores, buenas noches,—exclamó D. Currito saludando á la concurrencia.

Esta posó una mirada curiosa en el recién llegado, y Paco, dirigiéndose hacia él precipitadamente, le dijo:

—Adelante, D. Currito, adelante. ¡Camará y qué cachito de honra que se nos entra por las puertas!

—Muchas gracias,—repúsole aquí estrechándole la mano; y después, esparciendo la vista con serena expresión en las mujeres allí reunidas, dijo dirigiéndose de nuevo al *Contrabandista*:

—Pues diga usted, compadre, que éste es el piso principal de la gloria. ¡Vaya calor! ¡y vaya canela fina!

Las mujeres sonrieron agradecidas al piropo, y cuando D. Currito cruzó por entre ellas con el mayor desenfado del mundo para tomar asiento en uno de los extremos de la habitación, todas le contemplaron con miradas benévolas y expresivas.

D. Currito, desde el primer momento, le hizo la puntería á la *Peñadora*, que continuaba ceñuda y de mal talante pensando sin duda en el ojo chafado del *Virutero*.

Poco tardó en aparecer la guitarra, un prodigio hecho por *Lorca*, con la mar de cintas de colores en el extremo del mástil.

—Vamos á ver, D. Curro, á jacer primores y monerías con esas manos—exclamó Petra, entregándole á aquél la guitarra.

—Ya lo creo que hago yo primores y monerías; ¿pero quiénes van á bailar y á cantar, porque yo no toco de *quagua*?

—Si se pensará usted que el único que en el mundo jase cosas es usted; toque usted sin miedo, que tenemos aquí la mar de alondras, y además bailará Pepa, y ya verá usted cosa rica si se desentorna los párpados.

—Yo qué he de bailar, mujer—exclamó aquélla con acento desapacible.

—Vaya si bailaré usted; bailaré usted hasta que se le gasten los regatonicos; ¡no faltaba más! usted hará lo que yo le mande, porque si no me enfadaria yo, y si yo me enfadara... turrurú, señora, ¡el delirio!

—Josiús, Petra, llama er sereno, no sea cosa que este caballero se enfaa, y si se enfaa, ya ves... turrurú, el delirio.

—Menos *chufas*, menos *chufas*, y á cumplir con su obligación, señora.

—Vamos, mujer, no presumas más, ya está bien—dijo Petra.

—¡Güeno, bailaré; pero me da á mí el corazón que este caballero arrulla más que aletea, y tú ya sabes que pa que yo baile necesito que toquen como los mismísimos serafines.

—Es que yo tocando soy la mar salada, señora, ya verá usted.

Y empezó á tocar D. Currito y bien pronto quedó convencida la concurrencia que no había sido jactancia lo afirmado por el señorito.

No tardó Jesusa la *Mendruguillo* en dar al aire su voz sonora y sugestiva, y Pepa, sujetándose á las manos los indispensables *pulillos* orlados de cintas de raso de múltiples colores, adelantó el cuerpo al borde de la silla, y en el momento preciso, al marcar la música la entrada, lanzóse airosa y rápida al centro de la habitación, al acompasado y alegre palmeteo de los espectadores.

Y bailó la *Peñadora*, rebasando los límites de su fama; más que andar resbalaba en sus voluptuosos avances; arqueados graciosamente sobre la cabezalos mórvidos brazos, ponía de relieve en lascivas y tentadoras actitudes, los arrogantes contornos del seno, la magnífica redondez de la cadera, la clásica esbeltez de la cintura; cada uno de sus movimientos, de sus elásticas ondulaciones, tenía sus arrobadores atractivos; todos voluptuosos y ardientes como los de una dama pompeyana. Sus ojos entornados parecían morir de languidez; sus labios estaban contraídos, su nariz aspiraba el aire como en el epílogo de la bacanal; su tez estaba purpúrea...

D. Currito la miraba con incontrastable fijeza, con sensual ahínco, y cuando aquélla, para dar fin al baile, fingió el tembloroso espasmo del deleite, arqué el busto, taconeó rápida y febril, y recogíndose con una mano coquetamente la falda, dió al aire el *microscópico* pie piadosamente calzado y el principio de la bien modelada pantorrilla, entre un remolino de nítidos encajes, D. Currito perdió el tacto, y equivocó las notas y...

—Por poquita cosa pierdes ust er punteo—le dijo la bailadora, sentándose junto á él, respirando fatigosamente.

—Por poquita cosa? chavó ¡por poquita cosa! Pues si con lo que yo he visto hay para morirse á gusto más de un millón de veces.

Momentos después cedía D. Curro la guitarra á Antonio el *Almejero*, y le decía á Pepa con voz velada por la emoción.

Y ahora, si usted me lo permite, vamos á hablar nosotros de la mar de buenos propósitos que yo tengo.

Y en capítulo aparte se enterarán nuestros lectores de lo que hablaron D. Currito y Pepilla la *Peñadora*.

ARTURO REYES

AIRES MURCIANOS

INAIDE!

Sé que no me quiere; no es esa mi pena; si fuera esa sola pudid yo alegrarme. Mi pena no es de esas que esjarran el pecho y que suelen, á veces, curarse; no es de esas herias abiertas de pronto y que manan sangre... Mi pena no es honda, mi pena no es grande... pero es una pena que con su tristeza no me aja que escanse... ¡Es una amargura desconsolable que llevo en la sombra, que llevo en el aire!...

Sé que no me quiere; no es esa mi pena; mi pena es sequia que no hay quien apague; yo he puesto mis ojos en toas ¡en toas! ¡Y nenguna ha querido mirarme!... No es ella solica la que no me quiere; ni ella, ni nenguna; ¡no me quiere naide!

Vicente Medina.

EL TRIMESTRE

El trimestre es una obsesión nacional. El microbio del trimestre, porque un microbio ha de andar en el ajo, se les ha metido á todos los españoles en las venas y les está envenenando la sangre.

Ya no es posible encontrar mina más rica que el trimestre, ni cosa más halagüeña y sin trabajos ni fatigas que cobrarlo, ni encanto superior al de gastar unos cuartejos que tan bonita y descansadamente se ganan, ni, en una palabra, canongía semejante al trimestre.

De ahí esas caras largas, tristes y cojijuntas que se ven en todos los *estrenos*; de ahí esa envidia colectiva que va sintiendo el público por el triunfo teatral, no en lo que se refiere al glorioso laurel, sino en lo que toca al misero bolsillo.

A nadie, sea lo que sea, abogado, médico, bolsista, sacamuelas, cura, pelotari, se le lleva la cuenta de lo que gana y cobra como al autor dramático. Les juro á ustedes que existe verdadera *vigilancia*.

Yo sé de un hogar, y como ese hay muchos, en que á las horas de almorzar y comer, cuando no entre horas y entre sueños, no se habla de otra cosa que del trimestre. Está v. gr., la familia toda devorando con fruición unos huevos fritos, alegre y satisfecha de la vida. De pronto, un miembro de ella exclama, por ejemplo:

—Anoche, la 242 representación de *La canela fina*.

—¡La doscientas cuarenta y dos has dicho?—repite y pregunta el papá, como si lo hubieran pisado.

—¡La doscientas cuarenta y dos!

Y se olvidan al punto los huevos fritos, y hay una pausa lígubre durante la cual todos multiplican para sí.

—¡Qué barbaridad!—prorrumpie Jando un puñetazo en la mesa el mejor matemático, ó sea el que acaba antes.—¡Seis mil y pico de pesetas que se chupa el tío ese!

—¡Y el de la música otro tanto!

—¡Y dos beneficios!

—¡Y eso en Madrid, que no sabemos en provincias!—agrega uno que ya no quiere comer más.

Y el papá les mira con atención la frente á todos sus hijos, anhelando encontrar en alguna de ellas los síntomas ó chichones característicos del *don teatral*.

De estos *tenedores de libros* espontáneos hay lo que se llama una plaga. A lo mejor va un autor cómico tieso de frío por la calle arriba, y oye la voz de un amigo que lo llama desde un tranvía eléctrico.

—¡Eh! ¡eh! ¡Fulano! ¡Fulano!

Fulano vuelve la cara hacia el sitio de donde viene la voz, y ve á Mengano, que parece que lo cita á banderillas desde la plataforma, según los aspavientos que hace, y el cual le grita á voz en cuello:

—¡Que sea enhorabuena! ¡Hoy tres! ¡tres!

—¿Cómo tres?—pregunta turulato Fulano, que no sabe por dónde van los tiros.

—¡Tres actos en Madrid! ¡Bien engordamos el rinón!

—¡Ah!—murmura Fulano para su capote, pensando que *los tres* que le pican al otro los cobra el editor y él no ve una peseta.

Y ya está el tranvía á un cuarto de legua de Fulano, y Fulano no se acuerda ni de Mengano ni de su familia, y todavía Mengano le enseña, blandiéndolos y creyendo que Fulano lo mira, los tres dedos de en medio de la mano derecha, tiesos como tres espárragos de Aranjuez.

Lo que más envidian ese de los tres actos y todos los de su laya, es la facilidad, la comodidad con que ellos imaginan que se ganan esos ochavos, y más aún la vida regalada en que se emplean.

Porque, eso sí: todo el mundo, cualquiera que sea su profesión ú oficio, gana el dinero para ir pasando la vida lo mejor que pueda, y el que más y el que menos tiene sobre sus costillas un cuñado que es una esponja, según lo que chupa, ó una mujer que le pare dos hijos cada quince días, sin que traigan el panecillo en ninguna parte, ó cualquier otro *cáncer* por el estilo, y sus semejantes lo compadecen y lo animan cuanto les es posible. El autor dramático